

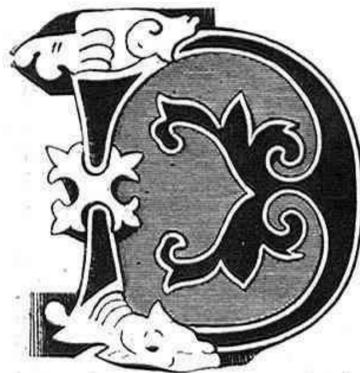


NUM. 5.

MADRID, 15 DE MARZO DE 1857.

AÑO I.

QUINTANA.



ecia Quintana en el año 1813 al ilustre Cienfuegos, muerto pocos años antes:

«Nada importa que el mármol del sepulcro le tenga ya separado de la región de los vivientes. ¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimación que unen entre sí á los hombres?»

Estas palabras deben ser repetidas ahora por los que como nosotros tenemos el sentimiento de anunciar el término de la vida del mas esclarecido discípulo de Melendez.

Para Quintana habia llegado en efecto la época de la posteridad, aun antes que la muerte le arrebatara de entre nosotros. Anciano de mas de ochenta años, hacia ya tiempo que habia dejado la pluma, con la cual se supo conquistar tantos laureles en España, en Europa y en América. Justamente celebrado de propios y extraños; calificadas sus obras entre las verdaderamente clásicas; proclamado como el patriarca y restaurador de la moderna literatura, como el cantor del patriotismo y de la virtud, como el Plutarco español, su muerte produce en nosotros el dolor natural del que ve desaparecer poco á poco los últimos representantes de una época gloriosa para nuestra patria, pero no añade nuevos quilates á la reputación del grande hombre, no hace mas que imprimir su sello indeleble en el diploma de inmortalidad que los contemporáneos le habian otorgado.



D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

cional, mientras existan corazones capaces de comprender, apreciar y admirar la belleza en sus manifestaciones diversas. No ha roto, pues, no ha podido romper la muerte los lazos que á él nos unian. En su dilatada vida consagrada al servicio de su patria, se ha conquistado un puesto entre los claros varones, cuya historia dejó escrita con esos rasgos indelebles que solo nacen del que es capaz de sentir, comprender y ejecutar lo que describe.

Don Manuel José Quintana, nació en Madrid en 11 de abril de 1772, é hizo sus estudios de Humanidades, primero en Córdoba y despues en Salamanca, donde tuvo por maestros al insigne poeta Melendez Valdés, y al erudito y esclarecido escritor Jovellanos.

Dióse á conocer la índole de su genio tanto en los escritos poéticos como en los históricos y políticos, todos marcados con el sello de un ardiente patriotismo, de un intenso amor á la virtud y á los altos hechos, y de un horror profundo á la tiranía y á la corrupción. Teniendo á la vista en su primera juventud los ejemplos de una corte corrompida, sus primeros acentos casi puede decirse que fueron los de la indignación; y ya se dirija á su amigo Cienfuegos convidándole á gozar de la vida del campo en versos llenos de imágenes dignas de Gessner, ya cante las glorias de Padilla, ya la invención de la imprenta, ya el combate de Trafalgar, ya lije sus miradas en el panteon del Escorial, ya traiga á la memoria la restauración de nuestra patria, en su tragedia Pelayo, su voz robusta y enérgica trueno contra todo lo que ve de innoble, de bajo, de abyecto en derredor de sí.

La invasión de 1808 enardeció aun mas su patriotismo; y haciéndose intérprete de los sentimientos de que entonces se hallaban poseidos todos los españoles, llamó al combate y á la libertad á aquella raza que parecia degenerada y que se levantó poderosa y gigante ante los ojos de la atónita Europa. Sus odas á España despues de la revolucion de marzo de 1808 y

El cadáver de Quintana reposa ya en la noche del sepulcro; pero su genio vive y vivirá entre nosotros mientras dure la historia, mientras haya una literatura na-

raza que parecia degenerada y que se levantó poderosa y gigante ante los ojos de la atónita Europa. Sus odas á España despues de la revolucion de marzo de 1808 y

su grito de guerra *contra los franceses* son la expresión más digna, más fiel y más sublime del espíritu que animaba entonces á nuestros padres. Incapaz de someterse á la tiranía el que había conservado la independencia de su alma aun en medio del abatimiento general reivindicando en 1797 la memoria de Padilla después de tres siglos de ultrajes, abandonó los puntos que los franceses ocupaban y siguió á la junta central como oficial 1.º de sus oficinas, redactando las proclamas y los más célebres documentos de aquella época. No descuidó sin embargo otros trabajos literarios; y antes de terminar aquella lucha, escribió por encargo de la regencia, como secretario de la comisión nombrada al efecto, un luminoso informe sobre los medios de arreglar la instrucción pública, en el cual se espusieron ideas de gran progreso para su tiempo y que más tarde en 1822 debían llevarse á cabo. Es notable también en este género el discurso que pronunció por encargo de la dirección de estudios al instalarse la Universidad central, establecimiento que debía desaparecer á impulso de las vicisitudes políticas, en las cuales el mismo Quintana, atendidas sus ideas, no podía menos de verse envuelto.

Pero la persecución no entibió su fervor patriótico, ni su amor á la verdad. Refugiado en Estremadura en 1823, escribió sobre los sucesos de la segunda época constitucional unas cartas á lord Holland que son un precioso monumento de gusto y de corrección literaria, así como de imparcialidad, de severidad y de verdad históricas.

Esta fue la última obra importante que de la pluma de nuestro autor ha visto la luz pública. Ella y las anteriores le habían conquistado demasiados laureles para que anhélase ceñirse otros nuevos, al paso que las desgracias, las vicisitudes, los desengaños, las miserias de estos últimos cincuenta años, y los achaques inseparables de la edad, justifican bastante su silencio posterior.

Sus contemporáneos, como hemos dicho le habían decretado ya la palma de la inmortalidad. Procer, senador en varias legislaturas, director de estudios en 1835, coronado públicamente en una reunión solemne hace pocos años, vice-presidente del Consejo de Instrucción pública en los últimos tiempos, no había sociedad, ni academia que no se enorgulleciese de contarle entre sus más preclaros individuos. A las siete de la mañana del día 11 recibió la Estrema-Unción y pocas horas después exhaló, con la tranquilidad del justo, el último aliento.

Las obras que nos quedan de su pluma pertenecen á tres géneros distintos, en los cuales descolló igualmente: poesía, historia y política. Además de los escritos que hemos mencionado arriba, escribió la tragedia el *Duque de Viseo*; y tenía muy adelantadas otras tres, con los títulos de *Roger de Flor*, el *príncipe de Viana* y *Blanca de Borbon*. Todo el mundo sabe y cita también con elogio su oda á la expedición española enviada para propagar la *vacuna en América*. Entre sus obras históricas sobresalen las *Vidas de Españoles célebres*, libro que comprende las del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el príncipe de Viana, el Gran Capitán, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro, don Alvaro de Luna y Fray Bartolomé de las Casas. Escribió también una noticia histórica y literaria sobre *Cervantes*, otra sobre *Meléndez Valdés* y una *introducción* para la colección que arregló de poemas castellanos.

Por último las cartas á lord Holland, sin dejar de ser una narración histórica, pueden considerarse más bien como políticas por espresar las ideas del autor en materias de gobierno y administración.

Sus escritos inéditos, según su última disposición testamentaria, no se publicarán sino después de un maduro exámen, encomendado á una comisión de eruditos y personas inteligentes.

Quintana ha dejado á la Academia de la Historia la corona de oro que en ceremonia pública ciñó sus sienes hace pocos años; á la de San Fernando el busto de Jovellanos; á la Española un ejemplar de la obra de lord Holland sobre Lope de Vega; al país su genio que no ha muerto, y sus inspirados acentos que tantas enseñanzas contienen para la juventud anhelosa de seguir sus huellas.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DOS RETRATOS.

—Yo fui, señor, dijo Borja, gran pecador desde mi niñez, y di muy mal ejemplo al mundo con mi vida.

(Fray Prudencio Sandoval).

I.

Distante pocas horas de *Placencia* (nombre cuya etimología es el verbo *placet, evat* que significa gozar, que tanta es la hermosura de aquellos parajes pintorescos y bien amados de la naturaleza), alzábase, señor de una verde campiña y frondosísimo huerto, allá por los años de Cristo 1537, un magnífico monasterio de solitarios de San Gerónimo.

Era una de esas benditas mañanas en que el color día-

fano del cielo deja ver nuevos horizontes á la limitada vista de los mortales, mientras que la elasticidad del aire perfumado y tibio le hace escuchar mejor los augustos rumores de la soledad: una de esas mañanas, tranquilas como una dormida laguna, en que el ayer se ve claro al través de las olas de la existencia, y se penetra con la memoria en el cenagoso fondo del pasado: una de esas mañanas en que lloran los viejos, no sé si de tristeza porque recuerdan la mañana de su vida, ó de júbilo y amor á Dios al ver que viven en un mundo tan hermoso: mañanas en que aman más los pechos enamorados, y creen más los corazones fieles al Altísimo, y lloran insensiblemente los tristes y desamados, y se encuentran más solos los huérfanos y los peregrinos: mañanas en que el corazón del hombre se dilata al par del cielo y de la tierra, y vienen al alma más vivos y melancólicos que nunca los recuerdos de los seres queridos que nos arrebató la muerte.

Tal fue aquella mañana, pasada hace ya tres siglos.

A eso de las once brillaba el sol tan alegremente sobre la fachada del convento, cantaban los gorriones con tan dulce tranquilidad, parecía, en fin, tan feliz todo lo criado, que nadie hubiera pasado por aquellos lugares sin envidiar la existencia pacífica de los padres Gerónimos y sentir un vago deseo de abandonar para siempre las cosas del mundo, tan agitadas y revueltas en aquel entonces.

Tales debían ser los pensamientos de dos personajes que, asomados á una ventana del tercio del Mediodía del edificio, llevaban media hora de no hablar una palabra, sumergidos como estaban en la contemplación de aquella sosegada y deliciosa campiña.

Ninguno de estos dos personajes vestía el hábito de la Orden Gerónima, á pesar de hallarse en una celda del monasterio. Uno de ellos llevaba el traje negro talar que aun usan nuestros sacerdotes; y el otro una humilde ropilla negra, sin más espuela, ni más armas, ni otra distinción que pudiera dar á conocer su condición en el mundo.

El eclesiástico tenía cuarenta y seis años, pero aparentaba muchos más. No imagineis su cabeza según el tosco tipo de frailes ó guerreros que nos ha legado aquella generación: era una cabeza fina, trabajada por una existencia varia y azarosa, pulimentada por el dolor, iluminada por la reflexión y el estudio: una cabeza amarilla, medio calva y medio cana, surcada de hondas arrugas y cruzada por grandes rasgos prominentes que indicaban fortaleza y magnanimidad, á tal punto que podían pasar á los ojos de quien conociera la vida de aquel hombre, por las tirantes bridas conque su voluntad tenía á raya sus pasiones.

El seglar era á los cincuenta y seis años un hombre decrepito, pero no un anciano. Su elevada estatura se encorvaba ya hácia la tierra, tanto por un ligero vicio de conformación como agoviada por largos días de rudos trabajos: conocíase á primera vista que sobre aquellos robustos hombros había pesado un mundo material, así como sobre la frente del otro un mundo de pensamientos. Este caballero de tan humilde apariencia, tenía esa mirada dura y fija peculiar de las águilas y de ciertas razas identificadas con la superioridad por la costumbre de ejercerla. Su barba gris, de corte cuadrado, ocultaba una boca sin dientes, hundida por esta causa y por la rara configuración de las mandíbulas: su cabeza, calva y pelada á punta de tijera, ofrecía una depresión muy de notar por lo nada común en aquel siglo que aun conservaba la tradición del tipo español: aquel hombre parecía extranjero.

Hemos dicho que estos dos personajes llevaban media hora de silencio y meditación en la ventana del convento.

Hacia mucho rato que el de la ropilla negra seguía con la vista á un águila que había recorrido todo el horizonte, dominado todas las alturas é invadido más de una vez regiones del aire á que apenas alcanzaba la vista del hombre. Cuando la reina de las aves hubo al fin trasmontado la última cumbre y desaparecido hácia otro horizonte, el que la había estado observando dió un suspiro, como quien termina una penosa tarea, y dijo á su compañero.

—Creo, hermano Francisco, que moriré pronto.

—Señor... murmuró el otro, no sin estremecerse.

—No hay más señor que el de cielo y tierra, interrumpió el de la barba gris. ¡Llamadme hermano!—¡Ay! continuó sin dar tiempo á que el clérigo le replicara; ¡qué pequeño me ví el día que abandoné el mundo de los hombres! ¿Te acuerdas de 1542?

—Me acuerdo, respondió el padre Francisco.

—Estábamos en Monzon y marchábamos al socorro de Perpiñan... ¡Hace quince años! Tú y yo, vestidos de hierro, llenos de juventud y de energía, soñábamos con la gloria de la tierra... Mi nombre atronaba el universo: mi fama domó todas las eminencias como ese águila que acaba de desaparecer por el Mediodía... pero nunca se remontó hácia el cielo tan alto como ella...

—¡Oh, Carlos! ¡Qué grande sois en este momento á los ojos de la eterna sabiduría!

Carlos sonrió melancólicamente.

—Nadie en el mundo sabrá nunca las causas de mi reclusión. Mentirá la historia una vez más, y yo volveré á ser polvo como aquella que me dejó para siempre...

¿Te acuerdas de Isabel?

Francisco palideció al escuchar este nombre.

Entre tanto, Carlos murmuraba ya otro en el fondo de su corazón, como retumba alterado en la oscuridad de una gruta el eco de una queja lanzada desde un valle...

—Era el Viernes Santo, prosiguió Carlos, como si hablara solo. Había yo vuelto victorioso de Italia y acababa de perder á Argel. Paseábame por una calle de cipreses del Monasterio de la Mejorada... Yo creo que Dios se me apareció aquel día como á San Pablo, diciéndome: ¡Carole! ¡Carole! ¿quid me persequeris? Ayuné hasta la noche, y lloré... Cuando volví á mi alojamiento, aun pesaba la mano de Dios sobre mi corazón, que desde entonces late tranquilo. Había formado la resolución de retirarme á un convento.

En este instante dieron las doce en cinco relojes que había en la celda; los bronces sonaron á un tiempo con una regularidad pasmosa.

No obstante, Carlos miró las muestras con un gesto de disgusto.

—¡Nunca, dijo, las pondré en perfecto acuerdo! Así van las cosas de los hombres. Sentémonos, Francisco, y dime el objeto de tu visita. Hablemos de tí. ¿De dónde vienes?

—De Roma.

—¿Qué te ha dicho el Santo Padre?

—He vuelto á rehusar el capelo, pero he obtenido de Su Santidad cuanto deseaba en favor de la *COMPañIA*. Si Dios ayuda á nuestros herederos, habremos logrado lo que vos intentais inútilmente.

—¿Qué?

—¡Poner de acuerdo dos cosas; el cielo con la tierra!—Loyola será canonizado.

—Y tú también, Francisco.

—Yo no... *Yo fui, señor, gran pecador desde mi niñez, y di muy mal ejemplo al mundo con mi vida* (1); y si vengo á vos desde tan lejos, es porque para acallar los gritos de mi conciencia necesito que me perdoneis.

Y el clérigo se arrodilló humildemente delante del caballero.

Este le alzó, estrechóle en sus brazos, y le dijo con dulzura.

—Habla, Francisco: desde el claustro se perdona todo, porque todo se comprende. Así me perdone Dios errores míos que ni yo acierto á comprender.

Y el nombre que retumbaba en su corazón llegó á estremecer sus labios, que no lo pronunciaron.

Francisco habló de esta manera.

II.

—Sabeis, señor, la historia de mi desafortunada juventud. Primogénito de una de las más principales casas de España, y nieto, como vos, de Fernando V el *Católico*; criado en la corte al lado de vuestra augusta hermana Catalina, como su paje de honor; halagado por la suerte, vencedor en los combates; bien mirado de las damas; mi soberbia creció con mis años y á tal punto, que cuando apenas tenía uso de razón, á la edad de diez y seis años... ¡Ay, insensato! había olvidado á Dios.

La vida de la tierra se me ofrecía tan agradable y tentadora, que reduje á ella las miras de mi espíritu; mas pronto toqué la vanidad y la amargura de los placeres mundanales y halléme sin cielo ni tierra, perdido en el vacío de mis desengaños, joven y robusto como el primer hombre, pero más desgraciado que él, puesto que había perdido dos paraísos, el terrenal y el eterno, sin que me quedaran para consuelo el trabajo, la ignorancia, la curiosidad y una compañera del corazón. ¡Ay! mi tristeza no tenía límites. Mi alma me pedía alimento á grandes gritos, y yo no tenía alimento que darla.

El ocio, el hastío, el cansancio, la duda, corroyeron las fibras de mi corazón, que se quedó aislado y huérfano en medio de mi pecho como una isla desierta en medio de los mares.

Nacido al amor y la caridad, sin objeto á que consagrar mi ternura, no bastante desgraciado todavía para conocer que solo en Dios podía hallar el descanso y la nutrición de mi espíritu, buscaba en vano por la tierra alguna cosa digna de mi amor, de mi respeto, de mi fe, de mi religión... —Perdonadme, César!... —Todo esto lo encontré en vuestra esposa.

Carlos arrugó la frente al oír estas palabras.

El jesuita hundió la suya y besó la mano al caballero.

—Continuad, padre, dijo este con la voz demudada.

—¡Oh, qué penosa confesión... y cómo la necesitaba mi conciencia! Pero tranquilizaos, señor... La emperatriz nos oye desde el cielo.

Carlos V suspiró; pasóse las manos por la frente y aun por sus labios como para apagar una pregunta. Pero, al fin, aquel carácter impetuoso no pudo dominarse por más tiempo, y dió salida á estas palabras entrecortadas y terribles.

—¿Qué sabeis de mi hermana Margarita?

San Francisco de Borja, pues así se llama hoy aquel jesuita, miró fijamente al emperador sin lograr hacerle abatir los párpados.

—Señor, exclamó en seguida: ¿pregunta V. M. al confesor, ó al hombre?

(1) Histórico.

—¡Duque, véte al diablo! gruñó el emperador, que al sonreírse dejó ver la oscura cueva de su boca desdentada. Cuenta... cuéntame eso, que me parece curioso. ¡Con que te enamoraste de mi *Hæc habet et superat!* ¡Bah! ¡Bah! ¡Nos prendimos á un rey de Francia y á un pontífice de Roma! ¡Je... je!... ¿Y qué tal D. Felipe, nuestro augusto sucesor? Sabrás que soy su vasallo y le dirijo memoriales... Es todo un hombre... que no quiere á su padre, á Carlos V emperador de dos mundos! ¡Oh!... ¡mi Felipe será un gran rey... particularmente para vosotros. ¡Yo no me hubiera atrevido á tanto! ¡A ver!... La una... Voy á dar cuerda á mis relojes.

Dijo y se levantó, dejando atónito á San Francisco. Indudablemente, el emperador había sentido el aguijón de los zelos.

Comprendiólo así el padre jesuita, y para reducir de nuevo á la seriedad á aquella fiera herida, atacó su vanidad por la mansedumbre de que hacia tan hipócrita alarde.

—Hermano Carlos, murmuró tristemente; he venido por vuestro perdón. Pensad que sois cristiano.

El emperador guardó silencio; arregló los relojes con prolijo cuidado y tornó á sentarse, grave y magestuoso como si estuviese ante la *Dieta*.

—Habla, dijo.

III.

—El día que os casásteis con la infanta de Portugal, estaba yo allí... en la catedral de Sevilla... no sé si os acordareis. Llamásteis, señor, *Las tres Gracias* á aquella inolvidable señora, la princesa mas hermosa que ha conocido el mundo... ¿qué mucho ¡oh magestad! que yo la encontrase digna de la adoración que rehusaba á Dios y á sus criaturas? ¡Su belleza, su virtud, su grandeza, y sobre todo la idea de que nunca seria mia una de sus miradas, dieron cuerpo al deseo indeterminado que perseguía mi alma en la soledad de mi existencia! ¡En amarla empleé toda mi fuerza, toda mi fe, toda mi vida! El obstáculo, la imposibilidad, el respeto, los zelos, el silencio... todo exacerbó mi pasión. Ya tenían rumbo mis dias, alimento mis horas: ya no estaba vacío el mundo; pues se hallaba en él la emperatriz. Verla, seguirla á lo lejos, oír el acento de su voz, era mi cruz y mi paraíso. Al empezar á amarla la había ya perdido para siempre... ¡porque amaba lo irrealizable! ¡Oh noches perdurables de insomnio y de dolor! Estaba como el escultor de la fábula enamorado de una piedra. ¡Esa piedra era lo imposible! Tal fue y debía ser el fruto de mi disipación y de mi hastío. ¡Perdón, señor... pero sufrí mucho!

El emperador estaba inmóvil, sombrío, espantoso, no ya de zelos, sino de remordimientos. Aquel amor desesperanzado de que le hablaba San Francisco; aquella lucha de una temeraria voluntad con lo desconocido, con lo vedado, con la manzana fatal de Eva, le recordaba un siniestro episodio de su vida, ¡quizá el mas importante para su corazón!

—Habla, Francisco, habla... balbuceó. Dime que fuiste débil... que el demonio te hizo su esclavo... que... ¡Ah! no... pero no lo digas. A pesar de todo, yo amé siempre á mi mujer.

—Podéis seguir amándola, replicó el Santo con inflexible melancolía. La emperatriz no conoció nunca el culto ciego de que era objeto. Obtuve su amistad y la vuestra: vos añadisteis á mi título de duque de Gandía el de marqués de Lombay: la emperatriz me hizo su caballero mayor. Desde entonces estuve á su lado, la ví á todas horas, me habitué á no tener esperanza, y la adoré como los indios adoran al sol. Pero ¡ay! ni este descanso me permitió la justa ira de los cielos. La emperatriz puso un decidido empeño en que yo me casase con una de sus damas, con doña Leonor, que ya mora en el santo asilo de los mártires. Obedecí y me casé. Desde entonces mi corazón fue un infierno. Mi esposa, era digna por sus virtudes y su hermosura de que yo la hiciese feliz, y ya que esto no pudiese lograr, decidí no hacerla desgraciada. Huí, pues, de la una y de la otra.

—¡Ah!... dijo Carlos V., apretando los labios, ya que no mordiéndoselos; porque esto era materialmente imposible. ¡Te digo que serás canonizado!

—Lanceme á la guerra, prosiguió Borja; demandando á las fatigas de la batalla, la muerte ó el olvido. ¡Inútil afán! Combatí con vos á Barbarroja en Africa; penetré en Francia á vuestro lado; llené mi vida de obligaciones; fui virey de Cataluña, maestro de Santiago; pasó el tiempo... ¡Todo perdido para mi redención! ¡Cada vez que volví á verla, me encontraba mas miserable! ¡La ausencia exasperaba mi pasión lejos de amortiguarla! ¡La muerte me respetó en medio de los combates... y aun mi rebelde corazón no había intentado acudir al Eterno Padre de los hombres sin ventura! ¡Y aun no me había ocurrido apelar al sumo Dios! ¡Ay! ¡pronto vino el dolor en ayuda de mi fe vacilante! Llegó el año de 1559...

El emperador se puso sombrío al escuchar esta fecha. —Hallábame yo en Toledo, prosiguió Borja. Era el 1.º de mayo, día de San Felipe y Santiago, jueves... Hacia una mañana tan hermosa como esta... Ese mismo sol... ese mismo cielo... ¡Ay!

El jesuita lloraba. Calló un momento, y luego exclamó...

—¡Pasad, vapores terrenales, que venis á enturbiar el oriente de mis eternos dias!...

Carlos V se acariciaba las barbas con visible impaciencia; porque conocía que iba á conmoverse.

San Francisco, repuesto ya de su emoción, tomó de nuevo el hilo de su relato con voz mas lenta y apagada.

—Aquella mañana había yo acompañado á misa á la emperatriz, y á la vuelta, despues de haberla dejado de visita en casa de don Diego Hurtado de Mendoza, paseábame solo por la orilla del Tajo. De pronto llegó á mis oídos el estruendo de la campana mayor de la catedral... No sé por qué me estremecí... Al cabo de un momento mi terror tuvo ya una causa. ¡La campana plañía el toque de los agonizantes! ¡Aquella campana... la campana mayor de la catedral de Toledo, no podía anunciar otra muerte que la vuestra ó la de vuestra esposa! El día se oscureció á mis ojos; dióme frío, y caí sobre la tierra como un árbol herido del rayo. Cuando me reporté, corrí casa de Hurtado de Mendoza... ¡No había nadie! ¿Dónde estaba la emperatriz? ¡Las oleadas de la muchedumbre me arrastraron á casa del conde de Fuensalida, donde supe que Isabel de Portugal, emperatriz de Alemania y reina de España, acababa de abandonar la tierra al dar á luz un niño muerto!

Para el que está ausente de Dios; para el que está solo en la tierra; para el que no piensa en la otra vida, la muerte, César, es una desesperación semejante á la del infierno. ¡Entonces el dolor es cólera, es impotencia, es condenación! El creyente que pierde á una prenda querida, sufre como Adán arrojado del paraíso: el impío, puesto en la misma situación, sufre como Lucifer arrojado del cielo. ¡Ah! ¡yo sufría sin esperanza! ¡Y ni este aviso de Dios fue suficiente á despertar de su letargo mi pecho empedernido! ¡Aun no estaba colmada la copa de mi amargura!

Escuchad: yo, que había amado ciegamente á la emperatriz, ¡que había codiciado besar la fimbria de su manto! que había pasado años enteros saboreando un *adios* que me dirigiera indiferentemente; que guardaba sobre mi corazón una perla caída de su tocado despues de haberla armado de puntas de acero para que me punzase la carne y me dijese *¡aquí estoy!*; yo que bebía agua de los ríos que habían copiado su imagen, y guardaba en globos de oro aire del que ella había respirado; yo, en fin, que hubiera dado el resto de mi vida por pasar una hora á sus piés, como ante una santa... ¡yo, señor, fui el encargado de trasladar á Granada los adorados restos de su hermosura, su cuerpo sin par, su idolatrado cuerpo; aquella urna preciosa en que había vivido su alma!

¡Ah!... ¡ya es mia! decíame yo durante aquel viaje... Va aquí, conmigo, confiada á mí, á mi custodia, á mi voluntad. Yo mandé andar y hacer alto. Puedo pasar la noche recostado en su lecho; puedo besarle; puedo decirle todo lo que la amo... Ya no tenía zelos de vos... señor; ya no volveriais á verla... ya era mia tan solamente... ¡mia y del sepulcro!

¡Así pasé doce dias! Durante ellos, el frío de aquel cadáver se transmitió á mi corazón: mis cabellos se cayeron ó se pusieron canos. Cuando llegué á Granada era viejo.

IV.

Llegó también entonces para mí el momento de la eterna separación: delante de un escribano y testigos hube de hacer entrega de aquel inapreciable tesoro, y para ello fue preciso abrir el ataúd de plomo que lo encerraba.

—Y ¿estaba hermosa todavía? preguntó Carlos V, con un tono de voz que en aquel instante era un sacrilegio.

—¡Oh vanidad humana! replicó el Santo con acento sepulcral. ¡Qué cuadro se ofreció á mis ojos!... Hermosa! Hermosa!... Lo había sido, señor... Pero cuando la abandoné el alma, la fealdad se enseñoreó sobre su cuerpo, como sobre ningún otro. ¡Nunca fuera la muerte mas cruel, mas devastadora, mas repugnante! ¡La putrefacción de aquel cadáver fue tan rápida, tan intensa, tan espantosa, que no dejó ni un rastro, ni una línea, ni un perfil de la pasada hermosura! ¡Ay... señor! ¡Que lección tan elocuente me daba el cielo!

Horas enteras permanecí mirando tan horrible realidad.

Aquella mujer, la mas hermosa de cuantas han existido, la que nunca pudo ser retratada sin mengua de sus encantos; vuestras *Tres Gracias*, señor, eran una masa de barro podrido, un charco infecto, un lago de corrupción como el mar asfáltico. ¡Aquellos ojos, hogar donde buscaba amparo mi alma aterida, antorcha donde yo había encendido una y otra vez la tea de mi silenciosa pasión; aquellos ojos, ébrios de juventud, de amor, de vida y de esperanza, eran dos cuencas vacías, dos hoyos negros, dos madrigueras de gusanos! Aquella boca... aquella boca, señor... estaba profanada por la muerte, que al besar sus labios los había deshecho. Aquellas manos de nacar... aquellas manos... ¿las recordais?... eran un hediondo grupo de huesos... ¿Y su

voz?... ¿y su sonrisa? ¿y su gracia sobrehumana? ¿Y su alma? ¿y el fuego de su existencia?... ¿Dónde... ¿dónde estaba la emperatriz? ¡Ah! no... no era aquella... no era aquella... ¿Cómo podía haber residido tanta fealdad debajo de tanta belleza?... ¡Yo no la hubiera amado! ¡Ay!... ¿dónde... dónde estaban sus años de poder, de hermosura, de pasión? ¿Dónde estaban sus dias de gloria y de grandeza? ¿Dónde estaban sus horas de soberbia mundanal?

Se habían ido para siempre, llevándose mis ilusiones terrenales.

Todos los que me acompañaban huyeron ante el espectáculo horrible de vuestra esposa y ante la fetidez que despedía.

Obligado yo á jurar que aquel lodo corrompido era la emperatriz, no me atreví á hacerlo, sino que dije que era el mismo cuerpo que se me había confiado.

Alejáronse todos, como he dicho; pero yo «por el particular amor y reverencia que siempre había tenido á la emperatriz, no podía desviar mis ojos de ella, tan hermosa poco antes y tan estimada en el mundo» (1).

Quedé allí solo, é hice propósito de renunciar al mundo para pensar en mi alma; porque al ver ante mí la mayor belleza y el mas alto poder convertidos en tan inmundado y despreciable polvo, no pude menos de volver la vista hácia el eterno reino de Dios, donde es imperecedera la hermosura del alma.

La muerte de mi esposa y la del gran poeta *Garcilaso*, me dejaron libre y solo sobre la tierra... Hicime sacerdote, y aquí me teneis, aliviado de las falsas grandezas con que aparecí en el mundo, humillado ante vos, esperando el perdón de lo mucho que os he ofendido con el pensamiento.

Carlos V se enjugó una lágrima con el revés de la mano y levantó á San Francisco de Borja, diciéndole con la efusión mas verdadera que experimentara en toda su vida.

—*Este es mi cabo de Buena-Esperanza!* (2) Francisco, has fortalecido mi resolución... ¡Vuelve con frecuencia...! Ahora... déjame. ¡Yo te perdono... Reza por mí!

Dijo, y mientras el Santo se retiraba silenciosamente, él apoyó la cabeza en las manos y los codos en la ventana... Vió al jesuita montar en su mula y partir... Contempló de nuevo la eterna juventud de la naturaleza... Oyó á lo lejos el rumor del mundo, de la gloria, de la política, de los campamentos... Vióse luego viejo y achacoso, comprometido con la historia á morir oscuramente en aquel retiro... y lloró con desconsuelo, murmurando muchas veces este nombre:

—*¡Margarita! ¡Margarita!*
En esto dieron las dos.

EPILOGO.

Dos veces volvió á visitar Francisco de Borja al monge de Yuste.

Una de ellas le comisionó este para que diese el *pésame* á la corte de Portugal por la muerte del rey, y al decir de un cronista, le entregó las *memorias de su vida* para que las enmendase; pues el emperador, lo mismo que César, se ocupaba en escribir la historia de sus campañas.

La otra vez le habló é hizo encargos sobre sus dos hijos ilegítimos, Margarita, que residía en Odenarda, y Juan, que vivía en Ratisbona.

Este bastardo se llamó mas tarde don Juan de Austria.

La última vez que el ilustre jesuita volvió á Yuste, se encontró con la muerte del emperador que tuvo lugar á las dos de la madrugada del 21 de setiembre de 1558. Es famoso el sermón que predicó en sus honras.

Borja sobrevivió catorce años al César, y despues de ser general de los Jesuitas, de cuya compañía se le tiene por segundo fundador, y habiendo reusado varias veces el capelo que le ofrecían los papas, murió en Roma el día 30 de setiembre de 1572.

Réstanos desmentir una noticia y consignar otra.

Es falso que Carlos V hiciese su entierro en vida como aseguran algunos escritores.

La casita que edificó y vivió este augusto monge, adherida al convento de Yuste, se vendió hace diez y ocho años á don Fernando Borja y Tarrus en la cantidad de 4,500 reales!

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

APENDICE.

ULTIMA ENFERMEDAD, MUERTE Y EXEQUIAS DEL REY DON JUAN II DE ARAGON. FUNERALES DEL MISMO REY CELEBRADOS EN LA CIUDAD DE CERVERA (3).

Si bien se tenia ya noticia del fallecimiento del señor rey por conducto del gobernador de Cataluña Mosen Requesens de Soler, el día 21 de enero se recibió oficial por carta que dirigieron al municipio de Cervera los conce-

(1) Histórico.

(2) Histórico.

(3) Noticia tomada de unos curiosos apuntes cronológicos existen-

lles de Barcelona. Inmediatamente los pa-beres, con su veguer y baile Mosen Diego de Avellaneda, mandaron cerrar las tiendas y dieron vuelta á la villa marcando la carrera que seguiria la procesion, acompañados de muchos notables, vestidos todos de sacos, y otros con gramallas negras y caperuzas, y precedidos de los alguaciles del tribunal (1) que iban con sus varas golpeando las puertas, y dando grandes voces de «¡Viafora!» (2), mientras doblaban las campanas, las cuales no cesaron de tañer hasta el dia de la solemnidad.

El 23 hubo consejo para ordenar lo necesario, y pasóse invitacion á cuantas personas tenian derecho de asistir á las honras fúnebres por su categoría, debiendo presentarse caballeros y damas vestidos de luto cual corresponde, á cuyo efecto se hicieron gramallas y sacos para mas de setenta particulares.

Ordenada la procesion concurriendo el reverendo clero y todas las órdenes religiosas de la ciudad, junto con el pueblo, salió de la iglesia de San Antonio para la de San Agustín, llevando en hombres ciertos personajes el féretro al cual alumbraban cada uno con una antorcha de cera negra de á veinte y cinco libras, cuatro prohombres de la misma ciudad. Fué á entrar la procesion en la iglesia mayor de Santa María, donde estaba ya prevenido un túmulo alto de doce palmos, con gradas en sus lados anterior y posterior, cubierto hasta el suelo de un rico paño de terciopelo negro, y este de otro de oro. A la cabeza de las damas iba la noble doña Aldonza, mujer del noble don Francisco Desval de Castro y de Pinós, dando el brazo á dos gentiles-hombres, y seguíanla mas de cuatrocientos convidados. Además del clero de la villa, asistían el de las parroquias foráneas, y las venerables religiones de Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Antonio y San Agustín, las religiosas Minoritas (Franciscanas) y las de Santa Catalina (Dominicas). Asistieron también las cofradías de Santa María, Espíritu Santo, San Francisco de Asís, San Juan, San Lorenzo y San Miguel, llevando cada cual sus luminarias. En el teste-



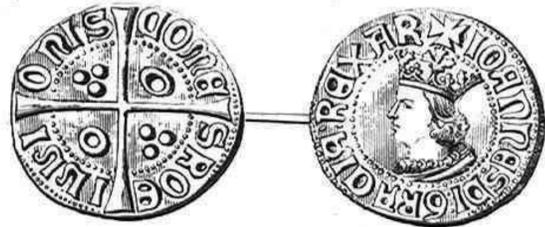
D. JUAN II, DE ARAGON (*).

ro del túmulo colocáronse dos grandes antorchas ó ciriales de peso de treinta libras cada uno, y otros al pié del mismo y en sus cuatro ángulos, y por cada lado veinte blandones negros de á seis libras. Dieron al capitán, al veguer y á doce prohombres, velas de dos dineros para el ofertorio, y á los demás concurrentes solo de uno, notándose empero que los eclesiásticos y el síndico, á mas de su vela ofrecieron un dinero. La oracion, notable por cierto, fue pronunciada por el reverendo maestro Orts, de la orden de Predicadores. Después del oficio, los celebrantes subieron al túmulo é incensando con el incensario de plata, celebraron las ceremonias de costumbre en las honras de cuerpo presente. Por fin habiendo salido la comitiva de la iglesia en el mismo orden, fue despedida en la casa parbería.

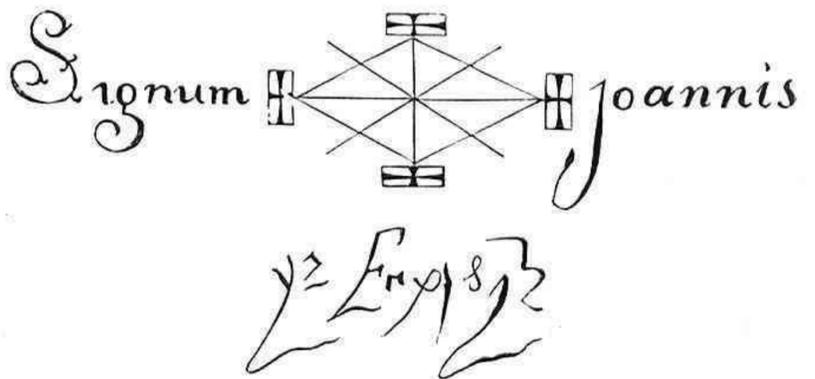
El martes 9 de febrero á las dos de la tarde, la aljama de los judíos, segun tenia acostumbrado de muy antiguo, procedió á celebrar por su parte los funerales saliendo ordenadamente del Call situado en la plaza de San Miguel (3), vestidos los unos de sacos, llevando un monumento cubierto de negro y por encima con un paño de seda en cuyas puntas y centro se veían escudos de las armas reales, del tamaño de un palmo poco mas ó menos. Iban hombres y mujeres, salmodiando y llorando como es debido en tales casos, haciendo los altos convenientes que previamente fijaron hasta llegar á la plaza del Trigo, donde colocado el monumento sobre un túmulo cubierto asimismo de negro, hicieron sus lamentaciones (4) ordenadamente, primero los hombres y después las mujeres, en alternados coros con sumo orden. Después hizo solemne panegírico maese Cresques Co Fen, relatando muchas escelerencias y virtudes del señor rey. Seis de los judíos mas honorables condujeron en hombros el monumento, yendo delante cuatro hombres buenos con antorchas de diez palmos de largas y gruesas á proporcion, de modo que tenían que sostenerlas con ambas manos, las cuales fueron después colocadas sobre pértigas en cada ángulo del túmulo, amen de doce blandones negros que ardían á una y otra parte. Con-



SELLO DE D. JUAN II.



MONEDA DE PLATA DE D. JUAN II, ACUÑADA EN PERPIÑAN.



AUTÓGRAFO DE D. JUAN II.

cluido su oficio en hebreo, los judíos honorables ya dichos, cantaron tres ó cuatro endechas (5) en romance, mentando loores del sobredicho señor rey, para condoler el corazón de los oyentes, y después los otros judíos, elegidas seis voces acordes, entonaron otras dos cantinelas bien ordenadas y con armonioso son, á semejanza de sus notables.

Adviértase que si bien la aljama de la presente villa

tes en el archivo consistorial de aquella ciudad, en un volúmen titulado *Libro verde del Racional de Cervera*, escrito de varias manos, que empieza el año de 1448 y acaba en el de 1637.

(1) *Corredors de la cort*.
(2) Voz de alarma, *Via afuera*, usada en el principado, en ocasiones de trastornos ó graves sucesos.
(3) Existen aun restos del barrio ó call de los Judíos en dos ca-

tiene grande fidelidad y amor al señor rey, y forma cuerpo suficiente, para mayor solemnidad invitó á las de Targa, Bellpuig, Agramunt y Santa Coloma, con lo que se presentaron mas de sesenta varones y treinta mujeres, la mitad de ellos vestidos de sacos, y los restantes de gramallas negras y sus caperuzas.

Hejones, que van desde dicha plaza de San Miguel á la de San Francisco, en el centro de la poblacion, siendo de notar allí como en Barcelona unos grandes arcos apuntados en su ingreso.

(4) *Ferent complant*, dice el original.
(5) *Cantirelles*.
(*) Este retrato se ha sacado de la Galeria de Soberanos que existe en la audiencia de Barcelona, acomodando el traje á la exactitud histórica, de que generalmente carecen.
Debemos á la amabilidad del señor director del archivo de la Coro-

ALCÁZAR DEL REY D. PEDRO EN TOLEDO.

El alcázar es uno de los edificios que llaman la atención del viajero al visitar la antigua ciudad de los Concilios, y no porque despierte ningun recuerdo verdaderamente histórico, ni porque sea una preciosidad artística, sino por su origen incierto y las tradiciones á que esta incertidumbre ha dado lugar.

Nosotros tratamos hoy de desvanecer los errores en que sobre este punto han hecho incurrir á artistas y escritores de nombradía, los noticieros toledanos.

na de Aragon el autógrafo del rey y el signo de su firma; como igualmente el sello grande de cera roja colgante de los privilegios de aquel reinado.

Hace ya mucho tiempo que con los extranjeros que visitan frecuentemente la famosa ciudad, vienen ejerciendo la profesion de *cicerones* ó *dragomanes* asalariados, personas indoctas, de ninguna educacion literaria, jornaleros sin trabajo ó empleados subalternos de la catedral. Merced á estos guias iliteratos se han propagado prodigiosamente las noticias mas absurdas, han tomado cuerpo descabellados rumores, y se ha viciado por fin el depósito sagrado de las tradiciones, parte acaso, sino principal, la mas interesante de la historia de Toledo. Solo es concebible el daño que estos narradores populares han causado, al recordar los que en su época hicieron á la verdadera crítica, lastimando los fueros de la verdad, los DEXTROS y LUTPRANDOS, LOS PEREZ y LOS MITAS con sus falsos cronicosnes.

De tales fuentes, pues, procede sin duda la noticia, va muy extendida, que atribuye al rey don Pedro I de Castilla, por sobrenombre el *Cruel*, un alcázar situado en la plazuela de Santa Catalina, sobre el terreno que ocupa el monasterio de Santa Isabel la Real, de donde está tomado el dibujo que copiamos.

Los tres principales historiadores de Toledo, ALCOCER, PISA y el CONDE DE MORA que tan minuciosamente describen los palacios reales de la ciudad imperial, nada nos

dicen del alcázar del rey don Pedro: un silencio profundo guardan sobre este punto los demás escritores de época posterior, que directamente ó por incidencia hablan de los monumentos toledanos; y nosotros no hemos llegado á ver ningun dato que haga mención de esta noticia peregrina, publicada la primera vez por el señor Amador de los Ríos en su *Toledo Pintoresca*, aunque cambiando el edificio, y desde luego con la buena crítica que distingue á este autor, presentando como inverosímil el hecho, cuya solucion encomienda al exámen de los curiosos.

¿Tan poco importantes hubieron de ser esos palacios, que de ellos se haya perdido toda memoria? ¿Los disturbios y sangrientas escenas de que fue teatro Toledo en el turbulento reinado del rey don Pedro, no marcaron los sitios que habitara este monarca con ese sello indeleble que raras veces se escapa al ojo penetrante de los historiadores? Cuando todos nos han trasmitido la noticia del célebre palacio árabe donde habitó Abdalláh Ben Abdel-el-Aziz, wali de Toledo á fines del siglo X, el cual debió estar unido á lo que son hoy las casas de los condes de Cedillo en la misma plazuela de Santa Catalina, ¿cómo han callado y nada han escrito del alcázar del rey Justiciero?

Parece que el silencio de los historiadores es una prueba negativa de bastante valor en punto tan importante; pero todavía pueden presentarse otras positivas y de mayor convencimiento.

Consta de una manera indudable que ya en los tiempos del rey don Pedro estaba concluido y habitable el régio alcázar principal, que como castillo defendiendo dentro de la ciudad, segun la espresion del cronista

Lopez de Ayala, habia mandado edificar Alfonso VI despues de la conquista, y que ensanchó, decoró y arregló años despues Alfonso VIII, el de las Navas, para aposento de él y sus sucesores. En este alcázar ademas estuvo relegada y torpemente reclusa doña Blanca de Borbon, esposa legítima de aquel monarca, sin la honra ni el servicio que á tan gran señora correspondia, hasta que el pueblo toledano, conolido de su lastimosa suerte,

de apoyo á semejante conjetura y por el contrario probará que aquellas no tuvieron el destino que se las atribuye, puesto que no tan fácilmente hubieran sido cedidas, ó por lo menos, para realzar mas la donacion hecha á las monjas, se hubiera espresado lo de haber sido un tiempo palacio real, segun la costumbre de redactar los antiguos privilegios.

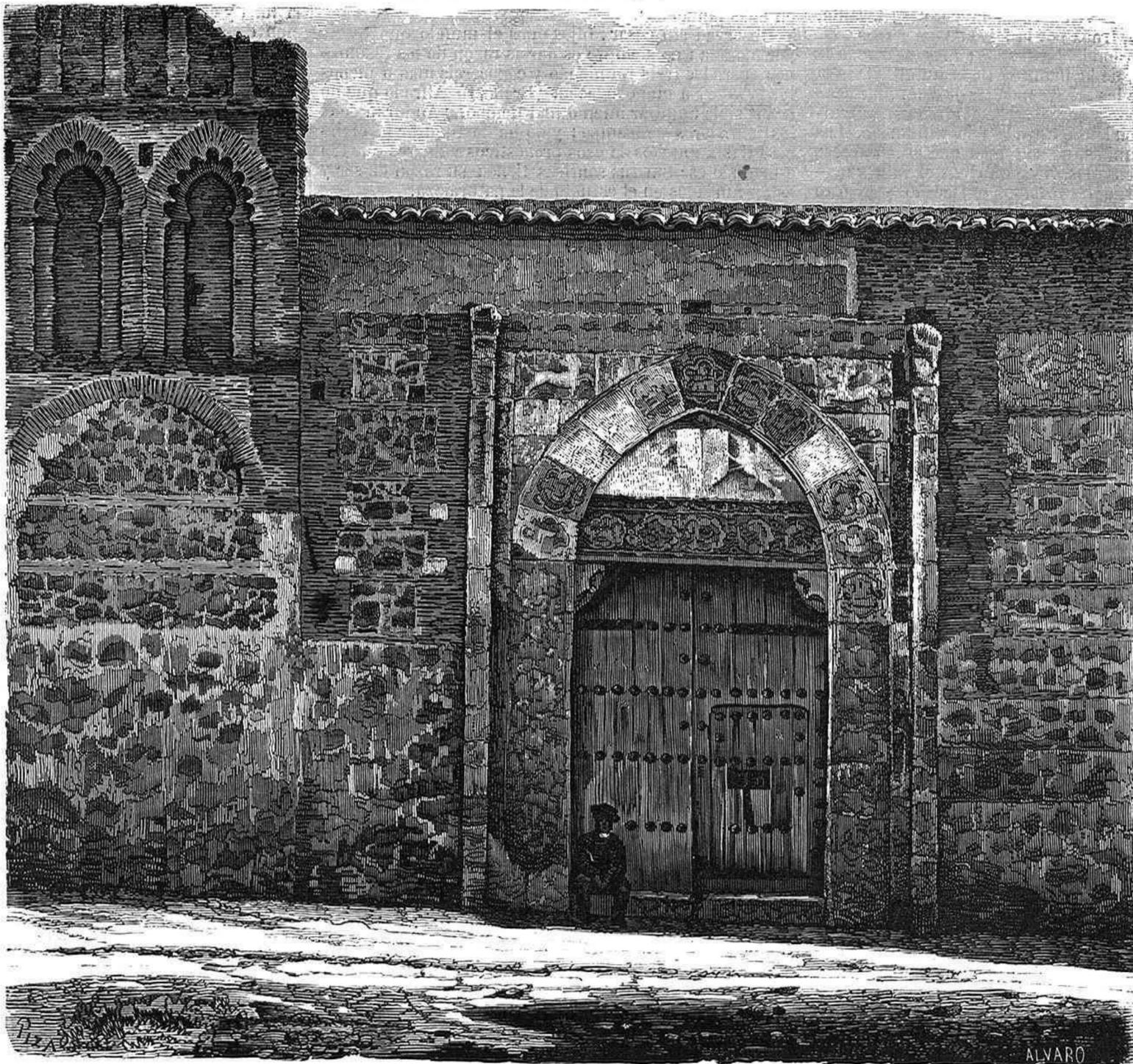
Mas sea de esto lo que quiera, creemos dejar demostrado que el rey don Pedro no tuvo palacios especiales en el sitio á que aludimos. Sin embargo, merced á esta noticia ha adquirido cierto grado de celebridad entre los viajeros la puerta que representa el dibujo adjunto á este artículo; y no seremos nosotros los que tratemos de rebajar en lo mas mínimo la justa estimacion en que se tiene ese monumento, pero no ya por aquella razon, sino por la mas poderosa de ser de un género tan raro como poco conocido.

Mezcla su arquitectura de dos gustos diferentes, campean en la puerta atribuida al alcázar de aquel soberano célebre, las delicadas formas del género árabe confundidas con los ligeros resaltes y la variada ornamentacion del orden llamado gótico ó alemán. Esta mistificacion artística que tambien se distingue en algunos otros monumentos de la ciudad imperial, prueba que el presente pertenece al período de imitacion, acaso al siglo XV, segun lo revelan sus detalles, en cuya época las artes, viva representacion de las costumbres y de la vida social, participaban de ese doble carácter oriental y cristiano que por necesidad debió ser producto del roce y trato tenido con los árabes por tantos siglos.

Así se notan en la puerta, cuyo dibujo ofrecemos, al lado de finisimos filetes enlazados al estilo árabe, fajas y grupos representando caprichosas figuras del gusto gótico, entre ellas dos centauros en actitud de disparar una flecha á la carrera: así tambien dentro de los compartimientos en que está dividido el soberbio dintel de una sola pieza conque termina la puerta por la parte superior, se divisan las armas de Castilla y Leon, las cuales aparecen en otros extremos sostenidas por dos grifos repetidas veces, como simbolizando, en medio de todo el conjunto arabesco, la fuerza y el poder cristianos victoriosos contra las huestes agarenas en aquella gran epopeya que tuvo principio en las montañas de Asturias y dió fin glorioso con la rendicion de Granada, último baluarte de la morisma.

Digna es, por lo tanto, del mayor aprecio esta puerta monumental, tal vez lo único primitivo que se conserva de las casas de doña Juana Enriquez ó de los Reyes Católicos sobre que se levantó el monasterio de Santa Isabel la Real, donde falsas é injustificables tradiciones suponen haber existido el alcázar de don Pedro el Justiciero, ó el Cruel como otros le llaman.

Digna es, por lo tanto, del mayor aprecio esta puerta monumental, tal vez lo único primitivo que se conserva de las casas de doña Juana Enriquez ó de los Reyes Católicos sobre que se levantó el monasterio de Santa Isabel la Real, donde falsas é injustificables tradiciones suponen haber existido el alcázar de don Pedro el Justiciero, ó el Cruel como otros le llaman.



EL TITULADO ALCÁZAR DEL REY D. PEDRO, EN TOLEDO (DE UNA FOTOGRAFÍA.)

sacóla de la prision y á riesgo de incurrir en las iras de don Pedro, hizo se la diese trato de reina, aposentándola en lo mejor de palacio, rodeada de numerosa y lucida servidumbre, y protegiéndola con suficiente guardia de caballeros. Así lo refieren las crónicas: así se halla escrito en documentos é historias particulares. Y de ello deducimos nosotros que teniendo el rey don Pedro un alcázar suntuoso y principal, en cuya edificacion hubo de tomar alguna parte, como aseguran Llaguno y Amírola, no habia de habitar, ni menos construir otro nuevo.

Existen á mas otras memorias que rechazan la noticia que venimos examinando. Algun historiador ha dicho que el convento de Santa Isabel se fundó con casas que fueron de doña Juana Enriquez, hija del vigésimo sexto almirante de Castilla don Fadrique Enriquez, segundo de este apellido, mujer que fue de don Juan II de Aragon, y madre del rey Católico don Fernando, el cual las cedió en 1477 á doña María de Toledo titulada la *pobre* por su humildad, fundadora del monasterio. Si así fue, debieron ser aquellas casas del abolengo de la reina de Aragon, heredadas tal vez de su madre doña María de Toledo, primera mujer del almirante é hija de don Diego Hernandez de Córdoba, segundo conde de Cabra, y de doña Inés de Toledo, señora de Casarubios.

Mal se ajusta esto en verdad con lo que escriben Alcocer y Pisa de haber otorgado merced los Reyes Católicos de *quellas casas á donde hicieron el monasterio de Santa Isabel, que eran suyas dellos*, pues esta frase supone dueños á ambos monarcas y como que revela que las dichas casas pertenecian á la corona, de donde acaso se deduzca haber existido en ellas el alcázar del rey don Pedro. Pero de cualquier modo esto nunca podrá servir

TARDES DE INVIERNO.

LA LLUVIA.

Desde esta cumbre se domina el valle: sentémonos en las gradas de esta cruz y observemos atentamente la naturaleza.

¿No distinguís una niebla, allá á lo lejos bajo las ramas de los árboles? Vedla como crece y se levanta. Cubre ya la colina, trepa por la falda de los cerros.

¿Me preguntáis dónde ha nacido; mas acaso no la habéis visto brotar de la llanura? De la humedad de la tierra, del agua de los arroyos, de las olas del mar desprende el calor vapores que absorbe el aire cuando templado y seco, y condensa cuando frío y húmedo. Las nieblas como las nubes, no son mas que esos vapores parcialmente condensados. Nacen hoy en el valle y mañana en una altura, al otro día en el Océano y al otro en la corriente de un río. ¿No adivináis el motivo? No anochece tal vez sin que el viento haya llevado á otros países el aire que hoy ha dejado surgir una al pie de aquella quebrada.

Vedla aun allí en la estremidad de esos campos. Lejos de ir subiendo se ha extendido á lo largo de las alamedas. ¿Cuán hermosamente sobrenada en ella la flexible punta de los chopos! Parecen sumergidos en un lago.

Estrañáis cómo no vuela á lo alto de la atmósfera; mas dejaría, si tal hiciese, de ser niebla. Las nieblas y las nubes no solo reconocen una misma causa; están igualmente compuestas de pequeños glóbulos que las hacen flotar sobre la tierra. ¿Sabéis en qué se distinguen? Precisamente en que las unas apenas se separan, y las otras se elevan á gran distancia del lugar que les dió vida. ¿Están mas frías las capas inferiores del aire que la superficie de que se exhalan los vapores? Los vapores no las pueden vencer por hallarlas muy densas, y permanecen debajo en forma de niebla. ¿Están por el contrario mas calientes? Los vapores se abren paso hasta dar con otras de menor temperatura y constituyen nubes.

—¿Que estás diciendo Adela? ¿Que te dan las nubes enojo? ¿Enojo hija mía? Nos envían la lluvia que fecunda los campos, la nieve que los defiende contra el hielo y la escarcha, la tempestad que purifica el aire. Tiemplan el calor de los rayos solares, impiden la irradiación del de la tierra. ¡Desgraciado del país sin nubes! Cautiva un cielo sereno; mas las nieblas y las nubes ¿no le dan belleza? A tí misma, Adela, te he visto estasiada ante los claros arboles que dora el sol cuando baja á su ocaso ó asoma por Oriente; estasiada ante el oscuro nimbo en que se dibuja magestuosamente el arco iris; estasiada ante las coronas de la luna y hasta ante esas blancas nubecillas que parecen ya ricos penachos ya cabelleras sueltas y esparcidas por el viento. Sin nieblas ni nubes que pasasen por delante de la luna ¿tendría la luna aureolas? Sin negras nubes que reflejasen los rayos del sol descompuestos por las gotas de agua suspendidas en la atmósfera ¿veríamos nunca el iris? Sin nubes que recibiesen el color rojo de la primera y la última luz del astro del día ¿hallaríamos arrebolado el cielo?

No hace mucho, allá al caer del otoño, sorprendí á Eduardo contemplando cómo corrían y cambiaban de forma unos densos nubarrones que venían de Occidente. Pregúntale si gozaba ó no viendo aquel espectáculo. Ya le parecían las nubes torres colosales, ya figuras gigantes, ya dragones alados cien veces mas fantásticos que los creados por la fábula. Ora se cerraban y apiñaban aumentando la oscuridad del espacio; ora se abrían derramando sobre la tierra una luz mortecina y pálida. ¿No es verdad, Eduardo?

Toman infinitas formas las nubes y no es por cierto raro. Ligeras, poco ó nada compactas, de partículas esencialmente movibles, se modifican al menor hálito del viento. ¿Contienen electricidad? Se atraen unas á otras, se repelen, se unen, se destruyen segun sus diversas condiciones eléctricas. Son todas hijas de la humedad, del agua; mas el agua pudo estar embebida en la tierra y en el aire. ¿No es de creer que por esta diferencia cambien tambien de figura? La luz las hiere por fin desigualmente y las viste de colores al estar el sol debajo del horizonte.

Varias, muy varias son las formas de las nubes: ¿os sorprenderéis si os digo que es fácil predecir por ellas las mudanzas del tiempo? Esperad días claros si ya en Oriente ya en Occidente veis arboles de oro; porque es seguro indicio de que no están aun condensados los vapores de la tierra ni basta á condensarlos el frío de los crepúsculos. Esperadlos aun si rizadas nubecillas blancas cruzan, como bandadas de cisnes, la bóveda del cielo; porque no aparecen sino cuando hay muy poca humedad en el aire. Temed ya de los arboles oscuros, de las nubes de contornos perdidos, de las que se os presentan bajo la forma de monstruos y quimeras. Llevan estas el rayo en sus entrañas, aquellas la lluvia; la anuncian los primeros. ¿Los recordáis los arboles oscuros? Son de un amarillo cobrizo; y el amarillo es entre los colores de los rayos del sol el que necesita de un aire menos denso para llegar hasta nosotros. Cuanto

menos denso, mas húmedo está el aire, mas probables son las aguas.

Traed ahora si podeis á la memoria el aspecto del horizonte momentos antes de que llueva. Las nubes hace poco negras, están pardas; oscuras en el centro, van aclarando hácia los extremos hasta ponerse transparentes. ¿Podeis decidir nunca donde acaban? Las lluviosas ofrecen todas el mismo carácter; no así ya las tempestuosas. ¿No habéis advertido en las tardes borrascosas de verano cuán desiguales pero bien definidas están las nubes? No, á no estarlo no podría vuestra imaginación ver en ellas fantasmas.

Observad sin cesar, hijos míos el mundo que teneis por morada: no siempre os dareis razon de los fenómenos, pero los ireis reuniendo y conoceréis mas ó menos tarde la ley á que obedecen. ¿Creías tú Alfredo que no era posible augurar buen ó mal tiempo? ¿Auguran de él los labradores del campo; y no ha de augurar la ciencia? Hasta muchos de esos pronósticos vulgares que tan á menudo escitan tus sonrisas tienen su razon de ser y están fundados en el estudio de la naturaleza.

No son solamente las nubes las que anuncian la lluvia. Horas antes de llover abate la golondrina el vuelo en busca de los insectos que la alimentan y han dejado por lo frias las altas regiones del aire; relajado su sistema nervioso, abandona la oveja los mas frondosos prados y se echa indolentemente al abrigo de los setos; las flores como que despiden mas fragancia porque detienen su perfume los vapores de que está impregnada la atmósfera; el trebol y la pimpinela que apenas sienten sobre sí la luz del sol y llevan infiltrada en sus vasos la humedad que los rodea, cierran ó tienen á medio cerrar sus hojas. Efecto de esta misma humedad, las puertas se entumescen y no cierran, las lámparas chisporrotean, el humo del hogar se derrama por la estancia. ¿Está próxima no ya solo la lluvia sino la tormenta? Abandonan los peces la superficie del Océano; y la gaviota que sustentaban cruza presurosa la playa á caza de las pequeñas larvas; el ánade marino nada en la cumbre de las olas agitadas y recoge los insectos envueltos en la espuma.

Mas ¿qué es al fin lluvia? pregunta el buen Alfredo. ¿Cómo está á veces el cielo cubierto y no da una gota de agua? ¿Cómo otras se oscurece de improviso y cae el agua á torrentes?—Evapora el calor la humedad; líquida los vapores el frío. La lluvia no es mas que vapor liquidado, cuyos glóbulos se convierten en gotas. Ha de bastar empero á provocarla una simple baja de temperatura? El horizonte puede estar encapotado, el aire seco, y el vapor condensado ser absorbido por la atmósfera. Que no esté la atmósfera saturada de vapores, es difícil que llueva solo porque se enfrién las nubes. El aire de la noche es siempre menos templado que el del día. Nubes, sin embargo, formadas hoy al calor del día no es sino muy comun que cierran mañana el paso á la luz del sol sin haber humedecido la tierra. ¿Vas ya concibiendo la naturaleza de la lluvia?

Prodúcenla, y no pocas veces, la electricidad del aire, causa principal de los grandes aguaceros del verano; prodúcenla sobre todo los vientos que ya hinchan repentinamente las nubes dándoles los vapores que han recogido al atravesar los mares, ya las disipan y absorben por venir sedientas de lugares áridos y desiertos abrasados por un sol sin niebla. ¿Qué no os podría decir ahora tanto de la electricidad como de la influencia de los vientos?

Pero os va ganando el frío y las sombras de los árboles están ya muy prolongadas sobre la vertiente del cerro. Bajemos al valle antes que descoja la noche su manto de tinieblas.

F. P.

LA INES.

CUENTO.

Podría muy bien tener otros veinte nombres, pero nunca la oí llamar mas que por este. «Apártate Inés, le decían.» ¿A que es Inés quien ha roto ese vaso, perdido ese libro? No te acerques, ¡qué fea eres Inés! En tales términos que la infeliz se persuadió que llevaba en la frente el sello de Caín.

Tenia hermanos y hermanas; pero eran bonitos y listos, alegres y picarillos; que cuando querían conducir á cabo cualquier proyecto, abrazaban á sus padres, les adulaban, conseguían su objeto y despues se felicitaban entre sí de su prudencia. Así es que sus cajones se hallaban siempre repletos, mientras los de Inés estaban vacíos. Todas estas desgracias hacían mella en su pobre corazón, y viendo la adulación y la mentira mejor recompensadas que la sinceridad y la verdad, comenzó á desesperar de su suerte, y sus ojos á cada momento se llenaban de lágrimas. Todos los impulsos de su alma eran rechazados ó sofocados, y donde habían de crecer las suaves flores del amor y la confianza, las malas yerbas de la desconfianza y de la sospecha echaban amarillas raíces.

No tomaba parte alguna en la conversacion: la llamaban necia, y como se lo habían repetido tanto, ella lo creía. A veces cuando alguna persona de talento se in-

troducía en el círculo de familia, Inés escuchaba en un rincón, y sus ojos espantados brillaban como carbones encendidos. Pero había un lugar en donde Inés reinaba sin trabas: era un cuartito abandonado en lo mas alto de la casa, que había adornado á su gusto, y donde se hallaba tranquila y libre de reprensiones.

Allí debía vérsela, su corazón lleno de ternura pronto á deshacerse de dolor, dudando de su inteligencia, y derramando amargas lágrimas por su tontería, su fealdad y su carácter, que hacían que nadie la quisiese. Allí contrajo amistad con las estrellas, las nubes, el arco iris, la luna y el relámpago, y un artista, viendo la animación de su rostro en aquella ventanita, hubiera podido tomarla por una improvisadora italiana. Allí, sacudía sus cadenas, su alma se hallaba libre y se reflejaba en su fisonomía. Pero en el momento que bajaba al círculo de su familia, volvía á ser la Inés.

—La hija menor de V., señor don Lucas, se diferencia mucho del resto de la familia, dijo doña Ana, vieja solterona que estaba de visita en la casa.

—Si, si, repitió el anciano alzando los hombros: no se parece mucho á los demás; nada tiene de hermosa. Es una chica estraña é incomprensible; prefiere la soledad á la sociedad y no se cuida de nada. A veces se me figura que es de otra casta, que la cambiaron en la cuna ú otra cosa parecida.

—¿Pero en qué pasa el tiempo?

—No lo sé. Mi mujer dice que se ha arreglado una especie de covacha en lo mas alto de la casa, donde se está las horas muertas contemplando las estrellas. ¿Qué estravagante es la tal Inés! y bestia como un leño.

Y don Lucas tomó su periódico y atizó la chimenea.

Doña Ana se quedó pensativa. Tenía un corazón muy amante para ser vieja y solterona; sentía no haber sido madre, aunque no fuese mas que para hacer ver al mundo lo buena madre que hubiese sido, y se resolvió estudiar á la Inés.

Un día oye llamar esta á la puerta del camaranchón. ¿Quién podrá ser? Sospecha si irán á espulsarla de su retiro, y abre la puerta como asustada.

Doña Ana entra.

—¿Estás incomodada conmigo porque te vengo á visitar hija mía? Parece que no te contenta el verme.

—No, no es eso, dice Inés, apartándose de los ojos sus cabellos negros y enredados, pero es tan raro que haya V. tenido la ocurrencia de venir. Nadie ha pensado nunca en visitarme.

—¿Y por qué no, Inés?

—¡Ah! no lo sé, respondió con humildad: á menos que no sea porque soy tonta, fea y desagradable.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo dice en mi familia y me importa poco, ¡pero... (dos lágrimas le cayeron por las mejillas) es tan terrible conocer que nadie nos quiere!

—¡Hum! dijo doña Ana. Ven acá Inés. ¿Te miras alguna vez al espejo?

—Hace mucho tiempo que no lo hago, dijo la muchacha retirándose.

—Acércate y mírate en este espejito. ¿Ves tus ojos grandes negros y brillantes? ¿Ves esa abundancia de cabellos negros, que dispuestos por una mano hábil te servirían de adorno, mientras que así enredados te desfiguran? ¿Ves esos miembros flexibles que con un poco de cuidado y de educación, se volverían graciosos? Tu frente y tus ojos demuestran inteligencia, tu voz tiene algo que llega hasta el corazón. Eres un diamante en bruto, es imposible que seas fea. Pero escúchame. Toda mujer tiene obligación de ser amable. Tú misma te has despreciado y abandonado, pobre niña. La naturaleza no ha sido avara para contigo. No te digo esto para que te engrías, sino para inspirarte la confianza que debes tener en tí misma... ¿Pero qué es esto? dijo viendo caer á sus pies una cartera.

—¡Oh, doña Ana!... por dios... no... No son mas que algunos garabatos... cuando era muy desgraciada... ¡Oh, no... por caridad!

—No quiero escucharte. Esto es precisamente lo que necesito ver.

Y continuó leyendo hoja por hoja, mientras Inés permanecía delante de ella en la actitud de un delincuente convencido de su delito. Cuando concluyó la lectura, dijo pausadamente y con deliberación.

—Inés ven acá. ¿Sabes que eres un genio?

—¿Un qué, doña Ana?

—¡Un genio, deliciosa niña, un genio! Pronto sabrás lo que esta voz significa. ¿Que haya yo sido la primera en descubrirlo?

Y cogió en sus brazos á la niña llena de sorpresa, y la cubrió el rostro de besos, á tal extremo, que Inés se persuadió que el genio debía ser la cosa mas hermosa del mundo para inspirar de repente tanto amor.

—Mírame Inés; ¿hay alguien que tenga noticia de esto? y la enseñaba el manuscrito.

Inés meneó la cabeza.

—¡Mejor.... Tonta, fea y desagradable! ¡Hum! ¿Sabes que te vas á venir conmigo? dijo la anciana. Ya veremos, ya veremos, señorita Inés.

Se pasaron cinco años. Pero Inés ha empezado nueva vida. Ya es una alta y graciosa jóven. Su andar tiene la ligereza del gamo; su fisonomía no es seguramente hermosa, si se ha de juzgar con respecto á las reglas del arte: ¿pero quién sería capaz de criticarla

habiendo visto la movilidad de su espresion? Nadie piensa en analizar sus atractivos. Produce el efecto de la hermosura; fascina, magnetiza. Doña Ana está satisfecha, porque sabía que había de suceder así.

En casa de sus padres, casi han olvidado á Inés. De cuando en cuando se preguntan si doña Ana estará ya cansada de tenerla en su compañía. Doña Ana piensa en que la vean á su tiempo.

Su sorpresa no conoció límites cuando doña Ana les presentó la Inés.

—Es una cosa inesplicable, dice el padre; verdaderamente es cast hermosa... Sin embargo se observa el mismo despego en sus maneras para con ella.

Y la vieja no hubiera podido contenerse, sino hubiese tenido buenas razones para tener paciencia por algun tiempo mas.

—A propósito, doña Ana, dijo don Lucas. ¿V. como literata, puede decirme quién es el autor de este tomito de poesías que llama tanto la atención en los círculos literarios? Es raro que yo me entusiasme, pero daría cualquier cosa por ver al autor de esta obra.

La ocasión había llegado. Los ojos de doña Ana centelleaban con un maligno placer. Le alargó un volumen diciendo:—Tome V. un ejemplar que la autora me ha mandado entregarle.

Don Lucas limpió sus gafas, se las caló y leyó en la hoja blanca que precedía al título: «A mi querido padre don Lucas Díaz, su afectísima hija, la autora.»

Don Lucas saltó de la silla, y cogiendo á su hija por las dos manos, la dijo:

—Inés Díaz: estoy orgulloso de tenerte por hija..

Los ojos de Inés se llenaron lentamente de gruesas lágrimas y le contestó:

—No, eso no, querido padre: abráceme V. y dígame: Inés yo te amo: y dejó caer la cabeza sobre el hombro de su padre. El viejo lee en fin en el corazón de su hija, lo ve todo, ve cuán desgraciada ha sido durante su infancia y cubriéndole la frente, la cara, los labios de besos, dice con voz conmovida: ¡Perdona á tu anciano padre, Inés!

Esta le impone silencio poniéndole la mano en la boca, mientras que las lágrimas y las sonrisas se disputan su rostro, como el sol y las nubes se disputan el cielo en abril.

¡Ah! ¿qué es la fama para una mujer? Lo que las manzanas de las orillas del mar Muerto; una cosa hermosa á la vista, y cenizas al tocarlas. Del fondo de su corazón se levanta una voz que nadie puede apagar: «Apartad de mí toda esta gloria, pero dadme un poco de amor.»

F. F.

¿POR QUÉ SE BEBE MENOS Y SE COME MAS EN INVIERNO QUE EN VERANO?

El objeto de la alimentación es proporcionar á la economía: 1.º cuerpos combustibles compuestos principalmente de carbono é hidrógeno, destinados á ser quemados en el acto de la respiración, y á conservar por su combustión el calor animal.—2.º sustancias plásticas capaces de transformarse, por asimilación, en tejido muscular, en líquido sanguíneo, en sustancia huesosa, etc.—3.º líquidos destinados á suplir la pérdida del agua que se efectúa constantemente por las secreciones, y particularmente por la traspiración. Los alimentos, propiamente dichos, sean sólidos, sean líquidos, tales como la carne, las legumbres, la manteca, los huevos, el cocido, los lacticinios, realizan los dos primeros objetos: el tercero se consigue por medio de las bebidas, cuya base esencial es el agua, que no puede ser sustituida por ningun líquido. Si el vino, la cerveza, la sidra, quitan la sed, es porque contienen una proporción de agua considerable. El alcohol, aun cuando no obra como tóxico, no podría quitarla, y si puede usarse sin inconveniente en pequeña dosis, es como un alimento combustible y no como bebida. Lo mismo sucede con el aceite, que tampoco debe ser considerado como bebida.

Conocidos ya estos principios elementales de fisiología, es fácil explicar las modificaciones que las estaciones traen consigo con respecto á nuestras necesidades.

En invierno, hallándose mas baja la temperatura atmosférica, la evaporación cutánea es de poca consideración y el cuerpo conserva mas tiempo su provision de agua; por otra parte, el frio exterior hace necesaria mayor actividad interior: de aquí, el mayor apetito, la mayor afición á los alimentos suculentos y abundantes en carbono. En verano, por el contrario, los tejidos dilatados, segregan bajo la forma de sudor, gran abundancia de agua que hay que renovar con frecuencia: de aquí proviene esa sed que, en los grandes calores, á poco que se favorezca la traspiración por el movimiento y el trabajo, se deja sentir casi constantemente. En cambio, el calor mismo del ambiente permite disminuir proporcionalmente la combustión respiratoria. Al mismo tiempo la flojedad de las fibras y de los tejidos priva á los músculos de su energía: se vuelve uno perezoso, á lo menos físicamente; trabaja uno menos á no ser que se vea absolutamente obligado á ello, y se sufren menos pérdidas de sustancia plástica. Por otra parte el calor parece que

ejerce sobre el organismo, y particularmente sobre el sistema nervioso, una acción debilitante, cuyo carácter no está bien determinado; lo positivo es que induce á la inacción, al sueño: testigo la pereza innata en los habitantes de los países cálidos; testigos el *far niente* y la *siesta*, invenciones todas meridionales. Por lo demás, es sabido, que la sobriedad de los habitantes del Mediodía está en razon directa de su pereza: y la una sirve de compensación á la otra.

En cuanto á la elección de las bebidas, cuando no se trata mas que de proporcionar alimento á la traspiración, la única necesaria es el agua, é importa poco, ni aun en verano, que sea fria ó tibia: por lo general, es preferible tomarla á la temperatura del aire. Las bebidas frias producen una sensación mas agradable al paladar y refrescan, á lo menos por el momento, absorbiendo cierta cantidad de calórico para ponerse en equilibrio de temperatura con el cuerpo: las bebidas aciduladas, gaseosas y otras, son tambien mas agradables, pero no mas saludables que el agua pura. Sin embargo, no olvidemos nunca que no solo se bebe para quitar la sed, sino para ayudar á la digestión diluyendo los alimentos y estimulando las membranas interiores del estómago. Bajo este punto de vista, el vino, y á falta de este la cerveza, la sidra, etc., deben preferirse al agua. Estas bebidas en efecto, son tónicas y ligeramente nutritivas, y su uso no es menos higiénico en verano que en invierno, porque neutralizan hasta cierto punto el efecto enervante de los calores intensos. No hay necesidad de añadir que en toda estación el abuso de estas bebidas es tan funesto como beneficioso es su uso moderado.

En la provincia de Soria y á las inmediaciones del Burgo de Osma se han descubierto unas ruinas que se cree sean de la ciudad celtibero-romana Uxama: en el sitio que llaman Purlubi, de donde se extrae piedra para la obra de un puente, se ve una pieza de 23 pies de largo de N. á S. pintada de amarillo hasta la altura de una persona, y con una cenefa rameada con colores azules y encarnados, ejecutada con mucha valentía y buena perspectiva. Hay otro tramo de 33 pies de largo y á continuación una entrada formando un tambor, obstruida por escombros, por cuya razon no puede verse su conclusion. La pintura se conserva bastante bien; sin que la fuerza del tiempo y los escombros naturales de las ruinas le hayan hecho perder su colorido. Se ha mandado suspender la extracción de piedra.

Un español, don Benito Monfort, conocido ya como fundador de varios establecimientos y publicaciones científicas en la vecina Francia, va á construir en Biarritz un casino con inmensos salones para conciertos, bailes, reuniones, juegos, música, lectura, etc. y un considerable número de habitaciones para alojamiento, cuyas ventanas dominarán la playa mas hermosa del Océano. Las obras se han principiado ya y en este verano podrán los viajeros hacerse cargo, por lo que haya hecho, de la acertada distribución que tendrá el edificio.

En el palacio del señor duque de Medinaceli que se está restaurando, se construirán sobre la cornisa cinco torrecillas de ligera y graciosa forma, donde se colocarán otras tantas esferas que marcarán las horas por medio de una sola máquina, á virtud de la electricidad. La esfera que da frente al salon del Prado señalará los días, los meses y las fases de la luna, y la central tendrá una magnífica sonería al estilo de Alemania ó Bélgica que cada vez que dé la hora, tocará un aire nacional. Por el pronto estos aires serán 16, tomados de las canciones populares de los países donde el duque tiene Estados que son la mayor parte de las provincias de España.

La dirección general de hidrografía, publicará muy en breve la *Carta esférica del globo terráqueo* que consta de cuatro hojas, grabada en acero, construida segun los trabajos mas modernos y últimos descubrimientos en los mares polares, con las derrotas nacionales y extranjeras. Se han sacado pruebas, y los inteligentes aseguran que esta obra, excelente bajo el punto de vista científico, no lo será menos á los ojos de los mas escrupulosos por su hermosura y aspecto.

Parece que hay el proyecto, si las obras no sufren interrupción, de inaugurar el canal de Lozoya el día 10 de octubre próximo, haciendo que llegue el agua hasta la fuente de la Red de San Luis en esta corte.

En una de las últimas sesiones de la Academia Francesa de ciencias, uno de sus miembros presentó varias plantas de trigo que tenían la desconocida altura de dos

metros (cerca de dos varas y media) y cargadas de numerosas espigas. Esta variedad del trigo tiene por origen unos granos encontrados en una tumba egipcia, y sustraídos de las influencias exteriores hacia muchos siglos. Sembrados en 1849, brotaron con gran vigor y dieron en una primera cosecha 1,200 por 1. Los experimentos hechos con los productos de cosechas sucesivas han dado tambien magníficos resultados.

El número de extranjeros que han ido á Roma este invierno es sumamente elevado. Se calcula en 60,000, de los cuales una mitad ha ido de Italia, y la otra mitad de fuera, durante el carnaval, tan celebrado en la capital del mundo cristiano.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Aunque faltemos al orden cronológico, habremos de empezar esta Revista por el suceso que al tiempo de escribir esta embarga mas nuestra atención, y es, la ceremonia fúnebre celebrada anteayer 13 del corriente en el cementerio de la Patriarcal para depositar en su última morada los restos del ilustre Quintana, cuyo retrato, acompañado de una sucinta biografía, damos en este mismo número. A las tres y media de la tarde salió la comitiva de la casa mortuoria en medio de una inmensa concurrencia de personas de todas clases, deseosas de rendir este último tributo al insigne poeta y escritor, que ha sabido interpretar fielmente en todas épocas los sentimientos generosos del pueblo español. Los carruages que acompañaban al carro fúnebre, quizá pasarian de doscientos, y la multitud de personas que acudió á pié, á pesar de lo desahucado del tiempo, era verdaderamente innumerable. Las corporaciones científicas á que pertenecía el difunto, habian enviado al duelo sus representantes; la prensa no podia menos de tener los suyos en el entierro del autor de la célebre *Oda á la Imprenta*; y la comision que habia entendido en la ceremonia de su coronación hace pocos años, presidia esta otra ceremonia triste y solemne.

Terminadas las oraciones de la Iglesia, la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, leyó la siguiente composicion tan bella como todas las que salen de la pluma de esta célebre poetisa:

Cantos de regocijo y de victoria
Nuestras voces alzaron aquel día,
Que régia mortal mano te ceñía,
Que Mezuino lauro de terrestre gloria.
Y hoy que á la voz de tu Hacedor acudes
A recibir la fúlgida diadema,
Que la inmutable Magestad Suprema
Guarda en la eterna patria á las virtudes...
Hoy nuestra flaca condicion humana,
Su aliento en vano á remontar aspira...
¡No le es dado arrancar, noble Quintana,
Ni un tierno adios de la enlutada lira!
Que aunque la Fe con resplandor divino
La densa noche del sepulcro alumbre
Y la Esperanza hasta la escelsa cumbre
Vuele mostrando tu triunfal camino;
Aquí, al mirar tus fúnebres despojos
A la tierra volver, solo nos queda,
Con tu corona que la España hereda
¡Duelo en el corazón... llanto en los ojos!

En seguida el señor Martos pronunció un discurso notable que el público oyó con atención y acogió con aprobación marcada; el señor Fernandez y Gonzalez leyó una composicion del aplaudido poeta señor Navarro Rodrigo, llena de vigor y de sentimiento, y despues el señor Castelar entusiasmó á la concurrencia con uno de aquellos discursos en que este jóven orador sabe hermanar la profundidad de las ideas, con el brillo y galanura de la frase. El señor Vila y Goiri leyó otra composicion digna del personaje cuya memoria recordaba; el señor Alarcon pronunció algunas frases llenas de amargura; y por último, el señor Calvo Asensio, con buena entonación leyó la *Oda á la Imprenta*, oda que hace cincuenta y siete años habia compuesto el gran Quintana, y cuyas estrofas fueron interrumpidas muchas veces por las señales mas evidentes de admiración y de entusiasmo. La reunion se retiró del cementerio al anocheecer despues de haber pagado este justo tributo á la memoria de uno de los mas dignos restauradores de nuestra literatura moderna.

No es este el único suceso lamentable ocurrido en España desde nuestra última Revista. Tenemos que deplorar tambien las inundaciones y los desastres marítimos ocurridos en las costas de Levante. El pueblo de Benicasim, en las playas de Valencia, ha sufrido pérdidas de gran consideración á consecuencia de los últimos temporales, y tanto en las costas valencianas como en las de Cataluña, se han perdido varios buques, si bien en la mayor parte de los casos han logrado salvarse las tripulaciones. Tambien las costas del Norte se han visto agitadas por tempestades; pero los desastres en ellas no han sido tantos.

Al mismo tiempo que de los naufragios se nos da cuenta del movimiento de nuestros astilleros. En las nuevas gradas del Ferrol se va á construir un navío de hélice; en el *Francisco de Asis* se están haciendo las divisiones interiores; se han colocado en gradas las primeras piezas del nuevo vapor *Narvaez* y se ha botado al agua la fragata

Berenguela, buque que, según el parecer de los inteligentes, puede competir con los mejores de la marina de guerra de Europa. El porte de esta fragata es de 31 cañones; cuenta como auxiliar con el propulsor de hélice y su máquina tiene la fuerza de 360 caballos. El 6 se botó al agua en Mahon con toda felicidad el vapor *Mahónés* que entró después en el baradero, verificándose ambas operaciones bajo la dirección del entendido constructor señor Tudurí; por último, el gobierno acaba de tomar disposiciones que podrán imprimir gran movimiento á los trabajos del arsenal de la Carraca.

También continúa activamente el movimiento de las obras públicas y de las mejoras en los diversos ramos, si bien en muchas de las disposiciones dadas por el gobierno á este fin, es mas de aplaudir el buen deseo que el acierto. Se ha nombrado una comisión para el arreglo de las escuelas públicas; se han publicado dos memorias una por la dirección del canal de Isabel II, y otra por la dirección del Banco de España, la primera de las cuales demuestra el estado de adelantos en que se encontraban los trabajos á fines del año anterior, y la segunda da cuenta de la situación próspera del establecimiento á pesar de las crisis de 1854 y 1856; se trata de estender el beneficio de correo diario á todos los pueblos de la Península que tengan alguna importancia; para lo cual se hará una nueva división postal. Bajo este aspecto puede ser útil el Diccionario Geográfico de correos que está publicando el señor Capelastegui, siempre que sea estudiado ó por lo menos consultado con alguna frecuencia por los empleados del ramo. Para el 24 de setiembre, según el decreto é instrucciones que inserta la Gaceta del 12, se abrirá al público en la montaña del Príncipe Pio de esta capital una exposición de los productos agrícolas de la Península, Islas Adyacentes y provincias de Ultramar: serán también admisibles á esta exposición los ganados, instrumentos, máquinas y aparatos agronómicos, sus modelos y planos, y los de canales, presas, edificios ó fábricas y demás construcciones aplicables al cultivo y beneficio del terreno.

La exposición durará hasta el 4 de octubre: una junta directiva nombrada ya y compuesta de personas entendidas se encargará de prepararla, y un jurado de quince individuos determinará el mérito respectivo de cada producto u objeto. Los premios consistirán en medallas de oro, plata y bronce, recompensas pecuniarias y menciones honoríficas, y se adjudicarán en el día que se señale por el ministro de Fomento. Por último, la Gaceta de ayer inserta otra disposición de importancia dirigida á conocer exactamente el número de habitantes de nuestra península. A este efecto, en un mismo día, ó por mejor decir, en una misma noche, se hará un empadronamiento general en que consten todas las personas que en aquel momento habitan cada uno de los edificios en la vasta extensión de la península.

Al propio tiempo que el gobierno español hace esfuerzos que han de redundar en beneficio del progreso material y moral si en ello se persevera con buen tino y rectas intenciones, el gobierno francés ha nombrado una comisión científica para examinar los descubrimientos hechos con opción á un premio de 50,000 francos ofrecido al autor que invente el mejor modo de aplicar económicamente la pila de Volta á la industria ó al alumbrado, á la mecánica ó á la medicina práctica. En la Gran Bretaña se hacen preparativos para echar el cable submarino entre Irlanda y Terra-Nova, é inmediatamente que esto se verifique se emprenderán las obras del telégrafo eléctrico que debe unir á la isla de Cuba con el Norte de los Estados-Unidos y con Europa. La fijación del cable entre Cayo-Hueso y Cabo-Florida siguiendo la serie de arrecifes y entre el Cabo-Florida y Sarrunnah no ofrece dificultades; solamente en las noventa millas que median entre Cayo-Hueso y la Habana se ignora todavía si la rapidez de la corriente ó la profundidad del canal opondrán obstáculos de consideración; pero de todos modos como la distancia es tan corta, aun dado caso que esos obstáculos existieran, una vez ejecutado el resto de la línea podríamos tener en Madrid en menos de veinte y cuatro horas noticias de la isla de Cuba.

En producciones literarias la quincena ha sido poco interesante, nada se ha publicado digno de mención especial, ó á lo menos nada ha llegado á nuestra noticia. Sin embargo algo se ha hecho que merecería los honores de la publicación: hablamos de varios artículos y composiciones poéticas que se han leído en dos reuniones literarias la del Sr. Cruzada Villamil y la del Sr. Janer. El primero los viernes y el segundo los domingos atraen á sus salones una escogida reunión de literatos, artistas y aficionados á las letras y á las artes, en las cuales se dan á conocer producciones que como hemos dicho merecerían los honores de una publicidad mas estensa.

El gran acontecimiento teatral de la quincena ha sido el beneficio de la Penco en el teatro de la plazuela de Oriente. Después de haberla oído en el *Roberto el diablo* caracterizando la parte difícil de Alicia con un esmero incomparable y produciendo en los oyentes un efecto inmenso é imposible de describir, ha obtenido un triunfo



ROSINA PENCO.

igual ó mayor tal vez en la Norma, ópera que eligió para su beneficio y que se representó el 12 en medio de una concurrencia extraordinaria. El público, que siempre acude presuroso á oírla, la aplaudió con entusiasmo.

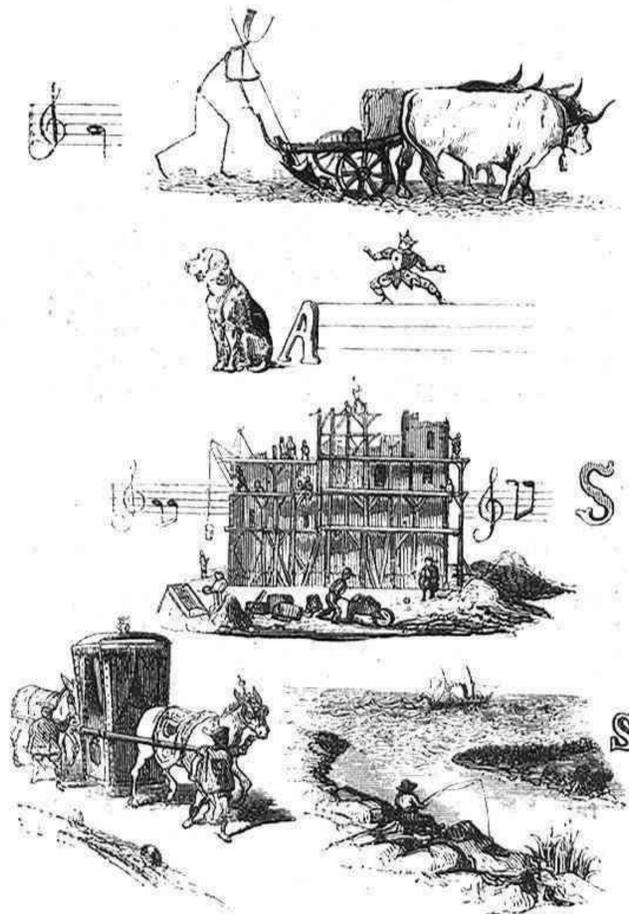
En el Circo el traductor de la *Ninfa Iris* ha tenido la feliz idea de traducir *Una idea feliz*, graciosa pieza en un acto que ha servido como de fin de fiesta durante las representaciones de los *Amantes de Teruel* y *El qué dirán* en que Romea ha mostrado una vez mas sus grandes dotes de actor. La idea

feliz es la de un hombre que sabiendo que los ingleses pagan bien, pero ignorando el inglés, trata de alquilar su casa solamente á los hijos de la Gran Bretaña; pone un anuncio á la puerta ofreciendo habitaciones amuebladas *con asisten'ia ó sin ella*, y añadiendo *english spoken* (se habla inglés), y mientras él se ensaya con su mujer en aprender algunas palabras de este idioma con arreglo al método Robertson, llegan una señora y un caballero á pedir habitación. La señora viniendo de Andalucía con su marido había tenido sed al llegar á Pinto; el marido había bajado para proporcionarle agua y en aquel instante había partido el tren dejando con el baso en la mano. En esta situación un galante caballero inglés que venia en el mismo coche, se había ofrecido á acompañar á la señora hasta una casa de huéspedes. Los celos del marido que aparece luego en busca de su mitad, la seriedad del inglés y la triste posición en que se encuentra el dueño de la casa, cuya única criada se despide en el momento de la llegada de los huéspedes producen escenas chistosas y bien desempeñadas.

La zarzuela, ó por mejor decir el Sr. Campodon nos ha dado otra producción nueva, *Juan Lanas*. No hay que asustarse; no se trata de ningún marido. Se trata de un albeitar establecido á corta distancia de Lisboa que pasando á la capital, se encuentra en el camino con una señora baronesa acompañada de su hija. Era la víspera del levantamiento de Lisboa en favor de don Juan de Braganza: los nobles portugueses y los soldados españoles andan buscando al Pretendiente, los unos para ponerle en el trono y los otros para llevarle al patíbulo; y tanto unos como otros en vez de tropezar con el verdadero don Juan, topan con el pobre Juan Lanas. Este infeliz después de haberse visto en la cumbre del poder cuando estaba próximo á abdicar su corona por casarse con la hija de la baronesa, la cual le había impuesto por condicion que volviese á ser albeitar, se encuentra rodeado de soldados y cara á cara con un capitán gallego que tiene orden de cortarle la cabeza en el acto. Afortunadamente el verdadero don Juan acababa en aquel instante de apoderarse de Lisboa y por estas señas pudo al fin convencerse el gallego de que el hombre que tenia en su poder no era el personaje á quien buscaba. Los papeles de Juan Lanas y de la baronesa han sido bastante bien desempeñados.

N. F. C.

Geroglífico.



Prevenimos á los Señores que deseen favorecernos con artículos para la inserción en este periódico, que no respondemos de los que se nos remitan cuando por cualquier motivo no se inserten.



Segun las condiciones establecidas en el prospecto, á todos los suscritores de provincias que optaron por las entregas gratis de la *Biblia*, se les ha remitido el tomo 3.º que se compone de 24 entregas é importa 36 reales.

Los que optaron por las entregas gratis del Año Cristiano, y quienes recibieron ya el tomo 2.º, se les remitirá el 3.º, el último del presente marzo, que se compone de 38 entregas é importa 57 reales. Los que lo reciben con orla de color, pagarán 61 rs. y 16 mrs. en lugar de los 57.

Sin embargo de las condiciones establecidas y de que se remite un tomo de Biblia cada mes y uno de Año Cristiano cada tres meses; todos aquellos suscritores que prefieran recibir la obra completa se les servirá con su aviso.

Toda suscripción se sirve en el mismo dia que se recibe el aviso.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Por números sueltos á	2 rs.	Tres meses.	14
Tres meses.	11	Seis id.	25
Seis id.	21	Un año.	48
Un año.	40	En el extranjero un año.	70

A los suscritores de Madrid y Provincias que se suscriban por un año se les dan *gratis* entregas de la *Biblioteca Ilustrada* por valor de lo que pagan por el periódico, de manera que les resulta gratis; todo conforme al Prospecto que se halla en los puntos de suscripción.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

MADRID: IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES, PRÍNCIPE, 4.